

“Lanzándonos...” - retos de la PJV aquí y ahora

CONEXIÓN: lo que nos conecta y lo que nos desconecta con los jóvenes

Olalla Rodríguez González, Psicóloga
Participante en el Foro "*Jóvenes en acción en una iglesia sinodal*" (Roma 2019), Responsable nacional de Jóvenes de la RCCE y miembro del Equipo sinodal de la CEE

Hay pocos temas que me gusten más que éste para hablar a los agentes de pastoral. Este momento puede ser un regalo: a veces nos movemos en la pastoral juvenil sin pararnos mucho a pensar y creo que estas jornadas, como tantas otras, son una oportunidad para pararnos a ver cómo estamos haciendo nuestro trabajo pastoral con los jóvenes. En este caso, para pensar en qué nos conecta con los jóvenes y qué nos desconecta de ellos.

1. CONEXIÓN: lo que nos conecta con los jóvenes

1.1. AMOR y VERDAD siempre van de la mano:

la verdad es imprescindible, pero sin amor, es insoportable

Voy a empezar compartiendo sobre lo que creo que, desde mi experiencia, nos conecta con los jóvenes. Una primera clave fundamental es que amor y verdad siempre van de la mano.

El amor es el mensaje básico del Evangelio. También sabemos que la verdad es imprescindible. Ahora bien, la verdad sin amor es insoportable. Un peligro en la pastoral juvenil es escindir ambas. Ahora me voy a centrar en qué ocurre cuando aunamos amor y verdad.

a) Un AMOR que da sentido y plenitud a la ley

El amor es el anuncio principal de la Iglesia, porque es el rostro mismo de Dios. Ese rostro misericordioso del Padre es lo que estamos llamados a transmitir a los jóvenes.

Ese amor es lo que da sentido y plenitud a la ley. No la abole, sino que le da plenitud. Porque el verdadero amor no está exento de verdad, no está exento de mirar con realismo, incluso con crudeza y con gravedad, la vida de los jóvenes. Porque el verdadero amor siempre va unido a la verdad. Mostrar el rostro misericordioso del Padre nunca puede estar separado de mostrar la verdad, tal cual es la verdad del Evangelio, como lo hizo Jesús. Esto lo vemos repetidamente en el Evangelio: Jesús no se reservaba nada. No intentaba dar un mensaje populista o que sentase bien a la gente. En su palabra, esa verdad se hacía plena en el amor.

Así pues, mostramos el rostro misericordioso porque es el rostro mismo de Dios. La cara misericordiosa y maternal de la Iglesia debe ser parte de nuestra esencia en el trabajo con jóvenes, pero nunca como un apéndice o una parte escindida de la propia Iglesia, de la propuesta del Evangelio.

b) Una VERDAD mostrada desde la ternura y la propia vulnerabilidad

Los jóvenes necesitan verdad, necesitan que se les hable claro, que se les confronte con la realidad de su vida. Pero mostrar la verdad no es solo ponerles delante la propuesta de la Iglesia para su propia vida, a la que están llamados, la verdad de lo que tienen que dejar atrás, la verdad de su pecado, la verdad de su salvación... Mostrar la verdad implica mostrar la realidad de nuestra propia vida con naturalidad, hablar con pasión de la belleza a la que estamos llamados, y también con crudeza y sinceridad de nuestras propias cruces. Implica mostrar las propias cicatrices sabiendo que son reflejo claro de las heridas y el sufrimiento al que todo ser humano de un modo u otro se enfrenta en su existencia.

Podemos decir que estamos llamados a mostrar la verdad con la misma ternura y vulnerabilidad con las que lo hizo Jesús. La vulnerabilidad es una palabra que últimamente está muy de moda en muchos ambientes. También en la Iglesia estamos llamados a incorporar esta palabra: queremos mostrar la verdad desde la propia vulnerabilidad. Los agentes de pastoral no podemos conectar con los jóvenes si dejamos a un lado nuestra propia verdad. Y la verdad es que somos salvados por gracia. La verdad es que nosotros también somos débiles, que nosotros también somos pecadores.

Sabemos que para trabajar con jóvenes hay que buscar ese equilibrio entre lo que compartimos y lo que no compartimos, hasta dónde mostramos nuestra propia vida. No quiero decir con esto que con los jóvenes haya que ponerse en una relación horizontal, en la que tú me cuentas tus problemas y yo te cuento los míos, ni mucho menos. Pero sí es verdad que, si nuestros jóvenes no ven nuestras cicatrices, nunca van a poder creerse que nosotros también hemos sido salvados por gracia de nuestras propias heridas y de nuestras propias cruces. Y esto es imprescindible para que los jóvenes puedan conectar con nosotros.

Los agentes de pastoral que tratan de mantener su propia vida alejada de los jóvenes, aunque intenten conectar con ellos como pastores, como responsables, como monitores, no conectarán de verdad. Como mucho, conectarán solo desde lo institucional, desde lo formal. Pero para conectar con los jóvenes y con cualquier persona es necesario mostrar la propia vida. Y a eso me refiero también con que amor y verdad siempre tienen que ir de la mano. Para mostrar el rostro misericordioso de Dios no podemos dejar de mostrar la verdad del Evangelio, para su vida y en la nuestra.

1.2. PATERNIDAD Y MATERNIDAD: antídoto a la herida de orfandad de los jóvenes de hoy.

La segunda idea en la que me quiero centrar para hablar de la conexión con los jóvenes es uno de mis temas favoritos: creo firmemente que lo que más necesitan nuestros jóvenes, los jóvenes de hoy, son personas que estén dispuestas a ser padres y madres espirituales. Este para mí es el antídoto principal contra una de las mayores heridas de los jóvenes de hoy, que es la herida de orfandad.

Nuestros jóvenes están huérfanos, se sienten huérfanos. Algunos lo serán de verdad, pero tenemos muchos otros que, sin serlo, se sienten huérfanos: de sus propias familias, de nuestras instituciones, de la sociedad. No tienen raíces y no tienen un lugar al que volver. Podríamos hablar sobre cuáles son los motivos que llevan a los jóvenes de hoy a sentirse así, pero hoy me voy a centrar en cuál es la respuesta que nosotros estamos llamados a dar ante esta herida de orfandad.

Si habláis con cualquier joven, aunque haya excepciones, en la mayoría de ellos, en cuanto rascáis un poco os vais a encontrar esta sensación de soledad en el mundo, esta sensación de desconfianza, de que no pueden apoyarse en otros y, sobre todo, que no tienen adultos en los que apoyarse. Y esto es fundamental para el desarrollo de un joven. Es fundamental.

A veces podemos pensar que para conectar los jóvenes tenemos que convertirnos un poco en sus amigos, en sus colegas, que tenemos que aprender a relacionarnos como si fuéramos uno más de ellos... Y yo os digo todo lo contrario: sin dejar de decir lo que he dicho antes -que tenemos que aprender a mostrarnos como agentes vulnerables-, ahora os digo que los jóvenes de lo que más necesitados están hoy no es de amigos, sino de padres y madres espirituales que les enseñen a hacer amigos de verdad; es de padres y madres espirituales que les enseñen a relacionarse como hermanos.

Esto no quiere decir que las personas que somos jóvenes -entre las que me incluyo- no podamos ser agentes de pastoral: claro que podemos, puesto que hay muchas maneras de ser agentes y a veces, en algunas fases de nuestro trabajo con los jóvenes nos toca ser hermanos mayores o, incluso, hermanos de la misma edad. Pero llega un punto, y para la mayoría de los que estáis aquí ya ha llegado, de levantarnos como padres y madres espirituales, porque ellos lo necesitan. Ellos necesitan de padres y madres. Y voy a hablar un poco de qué implica esto de ser padres y madres espirituales.

La mejor imagen de esto la tenemos en el “padre misericordioso” del “hijo pródigo”. Estamos llamados a ser padres y madres espirituales en la medida que estamos llamados a ser reflejo de un Dios que es Padre para sus hijos, y lo es cuando lo necesitan de verdad. Y cuándo lo pueden necesitar

más que cuando son jóvenes, que parece que huyen de los padres, pero a la vez necesitan saber que los padres están ahí. Esto es lo que vivió el hijo pródigo. El hijo pródigo se fue porque sentía que necesitaba espacio, porque necesitaba experimentar. Pero vamos a mirar lo que hizo el padre: tres cosas fundamentales.

TRES CARACTERÍSTICAS de estos padres y madres, a imagen del Padre misericordioso.

- Acepta plenamente la LIBERTAD de sus hijos. Nosotros, como agentes de pastoral, estamos llamados a sufrir con nuestros jóvenes, a dar la vida por nuestros jóvenes, pero también a aceptar inevitablemente que ellos tienen su propia libertad. Que ellos tienen que tomar sus decisiones. Si Dios mismo lo acepta, ¿cómo no lo vamos a aceptar nosotros? ¿De qué nos sirve que un joven haga ciertas elecciones si las hace simplemente porque se siente obligado a hacerlo? Esto no significa, como he dicho antes, que no tengamos que luchar por ellos hasta el final. Y justamente de esto va la historia del hijo pródigo: lo fundamental es que, como padres y madres, estamos llamados a aceptar plenamente la libertad de nuestros hijos, de nuestros jóvenes.
- Tiene sobre sus hijos una mirada de CONFIANZA. También nosotros estamos llamados a confiar hasta el final, a confiar en el corazón del joven. Aceptamos plenamente su libertad porque sabemos que el corazón del joven está bien hecho, y antes o después, si hemos sembrado lo adecuado, el joven sabrá por dónde caminar y cómo retomar el camino.
- Es FIRME en la espera. Todo lo anterior es imprescindible, pero para que el joven pueda volver, es fundamental que el padre permanezca firme en su lugar. El joven no tiene un lugar al que volverse si el padre no ha permanecido allí. Si el padre, ante la huida del joven duda y dice: “voy a buscarle a los caminos, voy a ver... a lo mejor es que realmente me he equivocado yo, a lo mejor es que no está tan mal esta otra forma de vida...”.

Me refiero ahora a jóvenes nuestros, que se alejan durante un tiempo, o que necesitan probar un poco, experimentar y tantear los límites. Y nosotros a veces como agentes de pastoral, podemos correr riesgos como los que he dicho antes no respetar del todo su libertad, o dudar, faltar a la confianza... Pero también podemos correr el riesgo de reducir nuestra firmeza y de pensar: “bueno, a lo mejor hay que conformarse con que viva según sus propios criterios, a lo mejor para esta persona está bien...”. Pero el Padre de la parábola no hizo eso, ¿verdad? Lo que hizo es permanecer. Permanecer en la casa. Para que el día que el hijo, el joven, realmente sintió que tenía que volver, le encontrase allí. Y supiese que es allí donde tiene que vivir. Si el padre hubiera dudado, si el Padre hubiera salido a los caminos a buscarle, quizás el hijo no hubiera tenido un lugar al que volver o se hubiera encontrado la casa vacía... ¡imaginaos qué drama! Pero cuando el hijo vuelve, se encuentra al Padre esperándole y seguro que ese es el lugar al que tenía que volver.

Pues esto es lo que estamos llamados nosotros a hacer con nuestros jóvenes: confiar en su libertad; al mismo tiempo, confiar plenamente en que su corazón está bien hecho y que, si nosotros peleamos y sembramos, el joven al final sabrá encontrar la verdad de nuevo; y, por último, permanecer firmes en lo que nosotros sabemos y creemos, en la propuesta que les hacemos, que no es otra que el Evangelio.

Podemos decir que tenemos la “propuesta ganadora”. No podemos dudar de eso, no podemos dudar de que la propuesta del Evangelio es para todos los jóvenes. A veces les digo a los jóvenes: si Dios es quien decimos que es, o es para todos o no es para nadie. O la salvación es para cualquier vida, en cualquier circunstancia, o entonces todo lo que tenemos montado no serviría de nada. Estoy segura de que, igual que yo, habéis visto situaciones durísimas. Pero si dudamos de que la propuesta del Evangelio sea la salvación y la respuesta a cualquier pregunta, a cualquier inquietud, a cualquier anhelo del corazón de cualquier joven, entonces hay algo en nuestra pastoral juvenil que hace aguas. Porque nuestra propuesta es la definitiva, es la propuesta de Jesús. No hay otra cosa que pueda dar respuesta a la vida de cualquier joven.

Esto es lo que yo siento que nos conecta con los jóvenes. Creo, de verdad, que a veces no somos conscientes de cuánto necesitan los jóvenes que nosotros ocupemos ese lugar del padre que está ahí, que confía en ellos y a la vez pelea por ellos. Imaginaos el Padre del hijo pródigo, esperándole en la casa. ¿Cuánto tiempo pudo estar el hijo prodigo por ahí? A lo mejor fueron días, pero quizás fueron

años. Y el Padre le vio llegar desde lejos. No sé cuántos de aquí podríamos decir que hacemos eso con nuestros jóvenes, pero ojalá que no se nos olviden ninguno de los nombres de nuestros jóvenes que se han perdido o que se han ido, y que sigamos esperando en la puerta cada día, sin dudar.

2. DESCONEJIÓN: lo que nos desconecta de los jóvenes

Voy a hablar ahora de desconexión, de forma algo más breve. Prácticamente es lo mismo, en contraposición, porque es la otra cara de la misma moneda.

2.1. ESCISIÓN ENTRE VERDAD Y AMOR: desintegración por legalismo o por buenismo

Por un lado, creo que lo que nos desconecta de los jóvenes es todo lo que escinde verdad y amor. Siempre que hay una escisión entre verdad y amor, hay una desconexión.

En primer lugar, la verdad sin amor es un supuesto mental, porque una verdad sin amor no es realmente verdad, y el amor sin verdad tampoco es realmente amor.

a) La verdad sin amor: el LEGALISMO

En el supuesto de que intentásemos escindir verdad y amor, implicaría todas las veces que intentamos mostrar la verdad, pero sin rostro misericordioso. Es decir, todas las veces que tratamos a nuestros jóvenes desde el legalismo: te pongo delante lo que tienes que hacer, pero no acojo lo que estás viviendo hoy. Porque como agente de pastoral puedo tener muy claro a dónde tienes que llegar, pero también entender perfectamente que no sea fácil para ti llegar ahí, que no sea fácil para ti luchar con tus cruces de hoy, con tus adicciones de hoy, con tus dificultades de hoy. Lo entiendo, pero no dejo de presentarte la propuesta, que es que llegues hasta aquí. Esa verdad sin amor es, pues, la que nos lleva el legalismo, a mantenernos en la ley: “esto es lo que tienes que hacer, el resto me da igual”.

b) El amor sin verdad: BUENISMO, CONFORMISMO O RELATIVISMO

En contraposición, como he dicho antes, tenemos el amor sin verdad, que es igual de dañino. El amor sin verdad es todo lo que implica un: “bueno, pues no pasa nada, yo entiendo tu vida... y ya está”. Y nos olvidamos de presentarle el horizonte.

En realidad, tiene que haber siempre este equilibrio. Y todo lo que no es este equilibrio, nos desconecta del joven. Presentar el horizonte sin acoger la realidad de hoy, nos desconecta; y acoger la realidad de hoy sin presentar el horizonte, nos desconecta. Aunque a veces caemos en pensar que el joven necesita sentir que le acojo y nada más, sin exigirle nada ni pedirle nada, por más que parezca que nos acerca y conecta, a la larga nos desconecta.

Porque el joven necesita horizontes, el joven necesita contarte que está hundido, que está en el pozo. Y que tú le digas que fenomenal, que le acoges en el pozo, que le vas a echar una cuerda para que salga y si hace falta te vas a bajar con él, pero que está llamado a vivir fuera del pozo. Si no le presentamos eso también nos desconectamos del joven.

Aquí entra, pues, todo lo que tiene que ver con la falta de verdad. También todo lo relacionado con las máscaras: cuando los jóvenes se presentan con máscaras, pero también cuando nosotros mismos nos presentamos con máscaras, o cuando presentamos a la Iglesia o a Dios con máscaras. También la superficialidad en las conversaciones es una falta de verdad. O cuando no nos atrevemos a decir todo, porque nos da miedo que ante eso el joven no sea capaz de elegir a Jesús, de elegir la propuesta de la Iglesia. Eso también es hablar con máscaras.

2.2. “NO SER NOSOTROS MISMOS” ni asumir nuestra verdadera identidad

La segunda cosa que siento que nos desconecta de los jóvenes es no ser nosotros mismos. Puede ser lo principal que nos desconecta del joven. Podría parecer un eslogan muy bonito de alguna campaña de autoestima y de crecimiento personal. Pero no, no me refiero a eso.

Ser nosotros mismos implica también mucha responsabilidad. No siempre es fácil ser nosotros mismos. Pienso en muchos de aquí que quizás, a veces, en el trabajo con jóvenes, podéis sentir que

desde quiénes sois, desde vuestra forma de ser, incluso desde vuestra vocación, aquellos que seáis consagrados desde vuestro estado de vida, podéis pensar que eso es un impedimento para conectar con el joven. Porque a veces podemos pensar que un joven de 16 años o de 20 no va a conectar con vosotros, en otra situación muy distinta. Y yo hoy de nuevo vengo a deciros todo lo contrario. Todos conectamos con los que tenemos delante de nosotros que se muestran tal cual son. Y nos desconectamos cuando encontramos a alguien que no nos parece que sea lo que nos está mostrando.

La verdad nos conecta siempre. Lo que más puede conectarnos con los jóvenes es mostrarles la verdad de quién Dios nos ha llamado a ser. Desde la persona que Dios nos ha llamado a ser, es como más posibilidades tenemos de conectar con un joven. Y esto no es fácil.

Hay dos motivos fundamentales por los que podemos caer en no mostrarnos como somos, en no ser nosotros mismos ante los jóvenes. Uno, por miedo. Pensamos: "sí es que yo no soy gracioso, no tengo recursos, no tengo conversación para un joven...", y entonces me monto otra personalidad. Cuando estoy con los jóvenes intento ser un poco más bromista, ser un poco más cercano, decir algún chascarrillo, algo que me haga conectar... O a lo mejor, todo lo contrario: puede haber gente que tenga un gran don, por ejemplo, con el sentido del humor y que cuando está con un joven piense que tienen que ver en él a una persona seria, adulta, capaz. Ni una cosa ni la otra. El joven lo que necesita es verte a ti, tal y como eres. La mejor manera de conectar con los jóvenes es ser tal cual eres. Este es un riesgo.

Y la otra forma de no mostrarnos como somos es que realmente no sepamos quiénes somos. No hemos hecho el ejercicio de responsabilidad de asumir las riendas de nuestra vida y caminar hacia ser la persona que Dios nos ha llamado a ser. Y esto tiene mucho que ver con la vocación. Yo creo firmemente que los jóvenes necesitan delante de ellos personas que sepan no solo quiénes son, sino quién Dios les ha llamado a ser y que estén caminando hacia ello. Necesitan ver referentes de personas que han asumido la responsabilidad de ser quién Dios les ha llamado a ser. Porque eso para un joven es muy estimulante. Va a ser mucho más fácil que alguien conecte con un joven cuando ya ha hecho una elección de vida o aunque no la haya hecho aún, está en búsqueda de esa elección de vida, que tener delante una persona que no sabe quién es, que no se ha parado a tomar la responsabilidad de ver, como hijo de Dios, quién está llamado a ser. Y desde ese ser personal voy a hacer mi labor con los jóvenes.

Cierro, entonces, con animaros a que no caigáis en pensar que la manera de conectar con los jóvenes es cumplir un estereotipo, hacer una serie de cosas concretas... La manera de conectar con los jóvenes es asumir vuestra identidad de hijos de Dios. En esa identidad, Dios no os ha puesto una vocación "general", como "ser religioso" o "ser laico". Porque Dios no nos llama en general. Os ha llamado por vuestro nombre para un camino único. Si supiera vuestros nombres, os lo diría uno a uno. Voy a coger a Fran, que está aquí cerca: a Fran, Dios no le ha llamado a ser un laico de Acción Católica, ni un esposo; a Fran le ha llamado a ser Fran, con sus características únicas e intransferibles. Y desde ahí va a conectar con los jóvenes, siendo Fran. Y su reto no es ser cada día mejor agente de pastoral, sino ser cada día más Fran, pero Fran según la mirada de Dios, según la creación de Dios, que desde el principio le ha llamado a ser una persona concreta con una misión concreta. Y esto que he dicho para Fran, os lo digo para cada uno de vosotros.

En resumen: es fácil ser uno mismo ante otro que se muestra verdadero. Es difícil conectar con alguien que no está conectado consigo mismo, con su propia identidad, y eso implica también estar conectado plenamente con nuestra VOCACIÓN única e intransferible, DE CADA UNO. Dios te ha llamado a ser alguien, con unos modos concretos, una forma de relacionarse y de ser concreta, y desde ese ALGUIEN es como, con seguridad, transmitirás la verdad del Evangelio, la verdad de quién es Jesús, la verdad de la persona humana. No ser ese alguien es lo que más nos puede desconectar de los jóvenes, y eso puede venir por dos motivos: no nos atrevemos (y nos mostramos a medias o con máscaras) o no sabemos quiénes somos (no asumimos la responsabilidad, las riendas de nuestra vida para ser la persona que Dios nos ha creado para ser).

En esto se juega nuestra conexión con los jóvenes y nuestra llamada a ser discípulos misioneros. Nuestra propia vocación y llamada particular, nuestra identidad de hijos de Dios es camino seguro y camino imprescindible para conectar con el joven. Y con esto termino, muchas gracias.